

cultura & espectáculos



Salvador Pérez, padre de Carlos Salvador, y motor de la publicación de las obras. / LUCIO LLANAS

Prometeo atado a la vida

Publicadas tres obras póstumas del joven escritor tinerfeño Carlos Salvador

V.P./M.L.P.
SANTA CRUZ

Esta es una historia dolorosa, porque en estas islas nos conocemos todos y porque tocó de lleno a un gran hombre. Esta es la historia de cómo la muerte inesperada creó un escritor inesperado. La historia de cómo nació un escritor cuando Salvador Pérez, maestro, periodista y maestro de periodistas, y su esposa, Aurora Estévez, perdieron a sus dos únicos hijos, Carlos Salvador y Beatriz, en un accidente de tráfico ocurrido el 1 de junio de 2001.

Ese día Carlos Salvador, el mayor de los dos, dejó de ser un joven anónimo, buen hijo, buen hermano, lector voraz y amante de la música indie para comenzar a convertirse, por la pasión y el tesón de sus padres, en Carlos Salvador, joven escritor tinerfeño que dejó tras de sí miles de folios y tres libros acabados.

Este Prometeo de la vida que amó cualquier destello de inteligencia y buscó sin descanso ser cada día mejor, cultivó casi todo en ese difícil arte de escribir. Y así hoy, por el consejo de sus padres, Salvador y Aurora, y el amor de Ediciones Idea podemos leer su poesía en *Duelos del extranjero ilimitable*, prologado por Juan Cruz Ruiz; sus certeros aforismos en *Dioses para cinco minutos*, cuya introducción está firmada por Eduardo Haro Tecglen y sus relatos en *Retrato de un viejo prematuro*, su tercer libro, obra para la que el periodista Alfonso González Jerez escribió unos folios introductorios.

Cuando Carlos y Beatriz murieron a raíz de aquel 1 de junio de 2001, Salvador Pérez se derrumbó. Testimonio de aquel inimaginable paso por los infiernos fue la lúcida y desgarrada carta que escribió al mundo contando

su experiencia desde las páginas del diario *La Gaceta* un mes escaso después del suceso. En esas líneas pudimos sentir algo del inmenso dolor de Salvador y Aurora, pero también pudimos sentir que esos dos jóvenes a los que se les acabó el tiempo demasiado rápido eran gente excepcional.

Amantes de la buena literatura y las apasionadas discusiones, Carlos y Beatriz tomaron la cultura y todas sus formas como patrón de vida. Pero mientras Beatriz ganaba terreno hacia afuera, Carlos lo hacía hacia adentro. Ella, al morir, era una joven mujer valiente que se había atrevido a volar del cálido hogar en La Guancha hasta Inglaterra, Madrid o Alemania. Beatriz fue una mujer centrada y expansiva. Una profesional entregada a la psicología. Un regalo para sus padres y sus amigos, para la vida.

Carlos amó más y mejor ese mundo ajustado que se va creando en el interior del que lee como quien construye un palacio impugnable. Leía a todas horas y a casi todos. Su padre lo recuerda, en aquellas tardes compartidas de finca, regando las incipientes matas mientras sujetaba con dificultad el último libro que había caído en sus manos. Devoraba todo y se impregnó de todo. Amó a Cesare Pavese, su lucidez y su contundencia; pero también a Sartre, Camus, Vila Matas, Kafka o Adorno.

Creación. Escribió con hambre, reza uno de los aforismos que se reúnen en *Dioses para cinco minutos*. Eso lo descubrió su padre después de su muerte. Escribía con hambre y así dejó miles de cuartillas, algunas ordenadas como para ser publicadas. Ese es el caso de estos tres libros que ahora ven la luz; otras como meros apuntes, reflexiones y material diverso, probablemente formen en el futuro nuevas obras de este escritor, a quien su íntimo amigo Carlos Robles define en la introducción de *Dioses para cinco minutos*.

"Carlos Salvador, incluso desoyendo consejos paternos, lee y disfruta *Cien años de soledad* apenas cumplidos los doce, y la lee y la disfruta como el mejor de los lectores de Gabo. En la frondosa prosa y poesía hispanoamericana, en el verbo imparable y sinuoso de sus más eminentes autores (de Vallejo a Paz, de Borges a Fuentes) encuentra Carlos Salvador, desde su adolescencia, una vida inagotable de lecturas e influencias", escribe Carlos Robles.

Pero el joven escritor no forja sus pasiones con material exclusivamente literario. Ama la conversación pausada con los viejos de La Guancha (que luego rebaulará como su *Tiber mónico*) e *loot*; absorbe, recuerda su amigo, el "anecdotario de su microcosmos familiar y vecinal", y respeta a sus maestros, que fueron muchos. Su padre, Salvador Pérez, del que Carlos Robles dice: "Más que el amigo, más que el confidente-confesor, Salvador es para sus dos hijos el eterno discutidor, la fuente de información, el redactor-jefe de la casa.", pero también a esos maestros directos o amigos de la familia como don Adelaín, Berro, Chano o Gabriel.

SUS LIBROS



► POESÍA

En *Duelos del extranjero ilimitable* Carlos Salvador reunió parte de su poesía. "¿Qué quiere expresar el autor con el título?", se pregunta la crítica Montserrat Lázaro del Nogal: "Tal vez, en muchas ocasiones, la poesía se encuentra muy lejos de ese lugar donde el destino nos hizo crecer". Y la patria que construye Carlos Salvador en estas páginas está formada del surrealismo europeo y latinoamericano, pero también de los grandes asuntos del hombre. "Como el amor, el sexo, la muerte, los amigos, el destino y los temas cargados de raíces populares", que filtra a través de su pensamiento, "libre de cualquier control de la razón". El periodista y escritor Juan Cruz, escribe en el prólogo de esta obra: "En estos versos de Carlos Salvador ('yo/peor que muerto/inacabado') está el germen tremendo que ya abre los ojos al resto del libro como si estuviéramos no sólo delante de unos poemas sino de una mirada otra vez límpida, desengañada antes de los engaños, poderosa, capaz de advertirnos de la evidencia que padecemos sin verla".



► AFORISMOS

"A medio camino entre Woody Allen y Groucho Marx, entre Canetti y Pavese, entre Sinatra y Pulp, entre Billy Wilder y Copola, *Dioses para cinco minutos* se revuelve en una encrucijada donde convergen más de cincuenta autores, voces cívicas y grupos indie, la literatura de todos los tiempos, con el mejor periodismo de los últimos años, y los placeres básicos de la vida: el sexo, la comedia, la familia, los amigos, los libros, el cine, la música, el periódico, la radio, y -sobre todas las cosas- el Atleti". Así resume el periodista y amigo de la familia Juan Manuel Pardellas estas páginas de aforismos para cuyo prólogo Carlos Salvador contó, sin saberlo, con las palabras de uno de sus grandes íconos, el periodista y crítico teatral Eduardo Haro Tecglen, a quien siguió con un tipo de pasión que apenas ya se encuentra. "Tengo la mala suerte de no haberle conocido cuando él ya me conocía a mí, y la buena de que me da vida cuando le albergo: o sea, cuando entra en mí su frase, su ensayo, su verso", escribe Haro, a quien Carlos Salvador llamaba Eduardo cuando lo decepcionaba.



► RELATOS

El tercer volumen de esta colección inacabada publicada por Ediciones Idea está prologado por el periodista Alfonso González Jerez, quien define al joven escritor Carlos Salvador como "una biblioteca con las puertas abiertas al mundo indescifrable, un pequeño y pulicante universo verbal, una apuesta por decidirse entre la palabra y la vida que solo podía desembocar en la vida incorporada de la palabra, destino cumplido de un escritor que tuvo el tiempo justo de nacer y se nos quedó joven, inocente, sabio e impaciente para siempre jamás". Más adelante González Jerez nos ofrece algunas de las claves e influencias recibidas por Carlos Salvador: "Retrato de un viejo prematuro, como sus poesías, sus cuentos, aforismos y artículos, avanzan y reclaman una estética de la fragmentación. Corriente no engañarse: el fragmentarismo de la obra de Carlos Salvador nada tiene que ver con su condición inacabada y hasta hoy anónima, sino que parte de una vivecía y una convicción, ambas tan intensas como reivindicativas, sobre el fenómeno literario".